LA DEFENSA MILITAR DE CALATAYUD DURANTE LAS GUERRAS CARLISTAS

Silverio CUBERO DE VAL[1]

RESUMEN

En el dilatado período del siglo XIX que transcurre entre la muerte de Fernando VII, el 29 de Septiembre de 1833, y la conclusión de la Tercera Guerra Carlista, 28 de febrero de 1876, la ciudad de Calatayud, entonces la segunda población de Aragón, constituyó siempre un excelente objetivo militar y propagandístico para los carlistas. Además, era una plaza codiciada por su ubicación geográfica, en el itinerario más directo entre Madrid y Zaragoza y en las proximidades de uno de los grandes núcleos del carlismo, cuyo corazón era el Maestrazgo.

Durante la Primera Guerra la ciudad vivió en un continuo sobresalto, desde 1835 sufrió cinco invasiones; la última, en 1838, fue protagonizada por el propio Cabrera. Después se produjo un importante conato de ocupación por el carlista Marco de Bello en 1855. Sin embargo, en la Tercera Guerra la población no llegó a ser asaltada en ningún momento, aunque debió atender nuevamente a su defensa y a la protección del ferrocarril Madrid-Zaragoza, vital para los Teatros de Operaciones del Norte.

PALABRAS CLAVE: Calatayud, La Merced, Cabrera, Marco de Bello, carlistas

ABSTRACT

In the vast period f the nineteenth century that elapses between the death of Fernando VII, on 29 September 1833, and the Third Carlist War,

---

[1] Licenciado en Historia.

on 28 February 1876, the city of Calatayud, then the second population of Aragon, was always an excellent military and propaganda target for the carlists. In addition was a place coveted by its geographical location, in the most direct route between Madrid and Zaragoza and in the vicinity of one of the largest settlements of carlism, whose heart was the Maestrazgo.

During the first Carlist War, Calatayud lived in a continuous shock, since 1835 suffered five invasions, the last one in 1838 led for Cabrera himself. Then there was a significant attempt of occupation by carlist Marco Bello in 1855. However, in the Third Carlist War the city failed to be assaulted at any time, but taking up one more time to his defence and protection of the railway Madrid-Zaragoza, vital for the Northern Theatre of War.

KEY WORDS: Calatayud, La Merced, Cabrera, Marco de Bello, Carlists.

*****

En el dilatado período del siglo XIX que transcurre entre la muerte de Fernando VII, el 29 de Septiembre de 1833, y la conclusión de la Tercera Guerra Carlista, 28 de febrero de 1876, la ciudad de Calatayud, segunda población de Aragón en el siglo XIX, constituyó siempre un excelente objetivo militar y propagandístico para los carlistas. Asimismo, era un blanco codiciable por su ubicación geográfica, en el itinerario más directo entre Madrid y Zaragoza y en las proximidades de uno de los grandes núcleos del carlismo, cuyo corazón era el Maestrazgo. También, por las simpatías que este movimiento levantó entre la población bilbilitana, en el ejército de Cabrera se contabilizaban más de 1000 voluntarios de la zona. O por las varias ocasiones en que la ciudad fue invadida, sobre todo en la Primera Guerra, si bien nunca fue ocupado un edificio fortificado, conocido como Fuerte de la Merced, en donde se refugiaba la guarnición y la población de ideología liberal Y, en fin, por la propia evolución de estas guerras o alguna intentona carlista significativa, como la de 1855. Esta última fue protagonizada por un personaje de la importancia del mariscal de campo –nombramiento carlista– Manuel Marco, conocido como Marco de Bello, que concurrió a las tres conflictos y finalmente fue jefe de la facción aragonesa en la última guerra.

El comienzo de la Primera Guerra

Muy pronto, el seis de octubre de 1833, aparecen pasquines, en Calatayud y Zaragoza, que proclaman a Carlos V como Rey legítimo[2], se declaran a favor de los voluntarios realistas, la religión y en contra Isabel II, las autoridades y, sobre todo, contra el gobernador «*…por ser un traidor para sus Voluntarios Realistas…*». Para refrenar la agitación que iba en aumento, se pidió ayuda al Ejército. En efecto, el Gobernador de Calatayud informó al Capitán General que temía una sublevación y éste dispuso la formación de una columna de trescientos infantes y cuarenta caballos para contenerla. A pesar de todo, no se pudo impedir el levantamiento en la noche del nueve de noviembre de 1833. Los revoltosos se enfrentaron a la guarnición pero al no estar en condiciones de ocupar la ciudad, se retiraron formando una partida en el campo.

Tras el intento de sorprender a la ciudad, este grupo de unos cincuenta hombres dirigidos por Mosén Esteban Martínez, se internó en Soria y Guadalajara perseguido por la columna del Coronel Herrera. A finales de mes, una veintena de huidos habían sido hechos prisioneros, por lo que se optó por pedir el indulto a la Reina, que fue concedido. Esta medida apaciguó el ánimo de otros carlistas bilbilitanos, de tal modo que el tres de Diciembre del mismo año, cuarenta y dos soldados del Sexto de Ligeros, pudieron ser destinados desde Calatayud a Soria.

Dominados los primeros enfrentamientos en Calatayud, la guerra prosigue en 1834, con mayor virulencia. La estrategia liberal en las poblaciones importantes era disponer de una zona fortificada en la cual pudiera mantenerse la guarnición hasta la llegada de refuerzos. En el caso de Calatayud,

---

[2] Los cuatro pasquines decían lo siguiente:

UNO. «*Aviso al público = Fieles realistas, con todos hablo: defenderéis a nuestro Rey el Infante D. Carlos, que lo ha de ser bien pronto, y diréis que muera la Reina que quiere la República, que es una traidora para los españoles = Realistas, siempre viva D. Carlos*».

DOS. «*Aviso a la Religión Cristiana = Amados y queridos Realistas: favorecer a nuestro Infante D. Carlos, que ese ha de ser el que nos ha de valer; la Reina no piensa más que en p… y perder a los voluntarios realistas; matarla cuanto antes se pueda*».

TRES. «*Voluntarios, alerta: no dejéis las armas, y si el Sr. Gobernador se propasa a hacer lo que tenga por conveniente, será degollado; muera la Reina proclamada, y viva el Infante D. Carlos, y mueran los Señores Jefes de este Batallón, que no tengan lealtad, y el primer cusco que meta bulla será degollado*».

CUATRO. «*Muy Sr. Gobernador: Esta se dirige para decirle a V. que no hay que tener tanto orgullo, porque se le cortara la cabeza, por ser un traidor para sus voluntarios realistas; y también advierto que desalojara la ciudad V. la ciudad cuanto antes, porque sino se va a emprender un fuego, que no va a quedar de VV, traidores a la Religión y al Rey*». Rújula, Pedro. «Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo. 1820-1840». Zaragoza. 1998.

esta necesidad se manifiesta en la comunicación que el Capitán General de Aragón, Conde de Ezpeleta, traslada al Coronel Rafael Aristegui, Conde de Mirasol, con fecha 22 de Marzo de 1834. Mirasol que era Gobernador de Calatayud desde 1833, había recibido la siguiente recomendación: «*…Reitero a V.S. la necesidad que hay en que elija un edificio sólido y en la mejor posición posible de esa ciudad que pueda servir de fuerte*», y añadía: «*…tanto como me lo permitan las circunstancias pondré en esa un grueso destacamento que unido a los fusileros provisionales que V.S. tengo prevenido formen con la posible brevedad de sujetos honrados y decididos para el gobierno de la Reina Nuestra Señora…*».

De esta misiva se deduce que en los primeros meses de la guerra, Aristegui (futuro Ministro de la Guerra en 1851) no sabía en qué lugar fortificarse y el Capitán General le anunciaba que enviaría tropas. Eran los dos problemas del momento, la carencia de «fuertes» y de refuerzos para hacer frente a las partidas carlistas que mantenían la amenaza sobre Calatayud y los demás pueblos del partido; en algunos de ellos como Ateca o Ariza se estaban, también, buscando «casas fuertes».

La acción de Castejón de Alarba

En las proximidades de Calatayud y al comenzar 1834, se va a producir un encuentro con los carlistas de trascendencia posterior, puesto que por primera vez se va a ejecutar a prisioneros liberales. Hasta ese momento los carlistas ponían en libertad a los prisioneros, pertenecientes al Ejército liberal, sobre todo por que les entorpecían en sus constantes desplazamientos, al estar los seguidores de don Carlos lejos de sus bases. A partir de la acción de Castejón, se produjeron continuos fusilamientos por parte carlista, cuando hasta entonces sólo los liberales ejecutaban a los prisioneros. Esta represión tuvo su punto, desgraciadamente crítico, en el ajusticiamiento de la madre de Cabrera en febrero de 1836.

Esta acción se conoce como de Castejoncillo, actual Castejón de Alarba, a 26 kilómetros de Calatayud, en el valle del río Jiloca. La fecha, recogida en la Hoja de servicios del Conde de Mirasol, es la del 13 de marzo de 1834. Sin embargo para Córdoba y otros autores fue el 29 de marzo del mismo año. Veamos cómo ocurrió: el día anterior a esta acción Carnicer había ocupado Daroca con 400 infantes y 30 caballos. Sabedor el Conde de Mirasol de que se dirigía a Ateca, se dirigió a su encuentro con sólo 150 infantes y 20 caballos. Serían las cuatro de la tarde cuando se vio a la facción formada en un cerro en las afueras de Castejón. Mirasol desplegó una

guerrilla que, seguida del resto de la fuerza, fue batiendo a los facciosos largo rato, pero cansados los soldados y sorprendidos otros por una compañía que Carnicer dejó a la espalda, se desordenaron en lo mejor del ataque y Mirasol hubo de retirarse sin haber podido hacer uso de su caballería. Carnicer cogió ochenta prisioneros y ocupó la mayor parte del armamento. Ocho soldados y tres nacionales que se refugiaron en una casa, fueron sitiados por Cabrera y los defensores ofrecieron rendirse. «…*Con esta seguridad se aproximó (Cabrera) con cuatro hombres y recibió una descarga a quemarropa que dejó muerto en el acto a un carlista y acribillada la levita y el sombrero del mismo Cabrera. Encolerizado éste incendió la casa y los sitiados próximos a ser presa de las llamas, rindieronse a discreción…*»[3]. En el acto son pasados por las armas los 10 soldados y el sargento de las tropas liberales que habían capitulado, el resto de prisioneros liberales fueron más tarde puestos en libertad.

A la búsqueda de una fortificación

Después de esta desfavorable escaramuza, la máxima autoridad de la Región, José María Ezpeleta ordena al Conde de Mirasol que se limite a conservar: «… *la tranquilidad de la ciudad, hasta tanto no disponga de más efectivos y para evitar los efectos perniciosos que tendría si los carlistas penetraran en ella…*». Sin embargo a principios del mes de Abril[4], en un oficio muy interesante, el Gobernador de Calatayud resume la situación. En primer lugar afirma que Calatayud no posee un recinto defendible y añade que «…*el acceso que le prestan las montañas que tiene a la espalda hace inútil mi posición en el Convento de la Merced…*». Piensa, además, que el enemigo puede entrar por la Puerta de Soria, por ejemplo, «…*tomando la ciudad por la espalda, recoger hombres, dinero y efectos, y marcharse…*».

Por eso, cree que una posición militar es «…*el sitio de los Castillos, pero necesita obras y medios que no están a mi alcance…*». Analiza el convento de la Merced, que juzga atacable desde otros edificios inmediatos aunque admite la ventaja de ser «…*más sólido, capaz y susceptible por consiguiente de resistir y contener dentro de sí las tropas y efectos de las muy pocas personas que por sentimiento de lealtad han querido abrigarse al recinto…*». Asimismo considera que la idea de maniobra debe basarse en no

[3] BUENAVENTURA DE CÓRDOBA: *Vida militar y política de Cabrera.* 1844. Vol. I, p 60.

[4] Oficio del Gobernador Militar y Político de la ciudad de Calatayud al Capitán General de Aragón, 3 de abril de 1834. Archivo de la antigua Capitanía General de Aragón (AACGA).

defender los puntos sin fortificar desde puestos inmóviles, sino actuar con fuerzas que además de contener los movimientos del contrario, le obliguen a separarse de sus bases y combatir en desventaja.

Como se aprecia, el gobernador tiene las ideas claras, pero con pocos efectivos y medios, deberá circunscribirse a un solo punto de defensa, como le viene insistiendo su Superior. Y este no puede ser otro que la Merced, Fuerte que ya estaba ocupando. Aunque como seguimos observando, no está convencido que sea el ideal.

El escrito contiene otros datos interesantes, como cuando da cuenta de haber sido informado por el Ayuntamiento de Codos de que la facción de Conesa «*…ha tomado allí raciones y lazos para las alpargatas, seguido la dirección de Tobed y según se ha podido indagar por algunos de ellos*, *se dirigen a La Almunia…*». Este último objetivo de los carlistas, alarma al Conde de Mirasol, puesto que en esa población cree se halla la «*… pequeña fuerza que viene a reforzar esta guarnición…*». Por ello alerta al alcalde de La Almunia para que éste, a su vez, avise al oficial que la manda con la orden de fortificarse. El propio Gobernador tiene intención de adelantarse por el camino del Frasno, con setenta infantes y dieciocho caballos, para proteger esa incorporación o «*…cargar contra el enemigo…*». El Capitán General reducirá luego esos temores, comunicando al Conde que la entrada de Conesa[5] en Codos se debe a la dispersión de los carlistas, tras haber sido atacados por el Coronel Rebollo en Almonacid de la Sierra.

Por este oficio podemos conocer la fuerza que, en ese momento, existe en Calatayud: ciento diez infantes, cuarenta y ocho de la milicia urbana, dieciocho jinetes, los miñones provinciales (tal vez cinco), que no tienen instrucción y tres celadores a caballo «*…apostados para comunicar los partes, si el menor incidente exigiera mi pronta vuelta…*».

El Capitán General contesta al gobernador de Calatayud, dos días más tarde, el cinco de Abril de 1834, en el sentido siguiente: «*…quedó enterado de sus reflexiones referentes a creer inútil su posición en el convento de la Merced por no poder evitar se tome la ciudad por la espalda, con sus consecuencias…*». Pero, a renglón seguido le hace ver que «*… en la Guerra de la Independencia, los franceses, no hallaron otro edificio, con el mismo destino y para conservación de sus tropas…*» y le indica, además, que «*…el objeto de ampararse en él, es evitar un golpe de mano…*».

---

[5] Francisco Conesa es un teniente retirado, natural de Azuara, que comanda una partida que se mueve por las comarcas de Calatayud, Daroca y proximidades de Teruel. Conesa perecería asesinado de un trabucazo por un pretendido carlista de Almonacid de la Cuba el 1 de Febrero de 1835. ASÍN RAMIREZ DE ESPARZA, F.: *El carlismo aragonés 1833-1840,* pág. 103.

Finalmente, el 10 de Abril el Conde de Mirasol informa a la nueva autoridad civil[6] que «*…cumpliendo con las órdenes del Capitán General, he ocupado el convento de Religiosos Mercedarios y hecho en él las obras de fortificación que en mi concepto son suficientes para poner a cubierto los reales intereses de las administraciones de Renta, correo, noveno y excusado…*». También comunica que ha dispuesto víveres para que la guarnición pueda subsistir quince días y que tanto las obras con las provisiones han sido hechos por el Ayuntamiento «*… a quien yo he dictado las órdenes con la premura de las circunstancias y con la satisfacción de ver cumplidos todos mis deseos…*». Añade, además, que ha habido gastos para «*…conducción de pliegos…*» y pagos a espías «*…empleados en el mes pasado…*».

¿Cómo sufragar los gastos?

El Ayuntamiento pide que para costear esos gastos y obras «*… se tome del fondo de contribuciones…*» o se le faculte para hacer un reparto entre los pueblos del partido. Sin embargo, el Gobernador bilbilitano disiente porque con la primera solución se disminuirían los ingresos del Real Tesoro y por la segunda, deben pagar los pueblos del partido, los gastos «*… cuya utilidad no va en beneficio de ellos…*».

Como consecuencia, propone la misma medida que «*…para iguales circunstancias se tomó en la Guerra de la Independencia y que se renovó para el fomento de los extinguidos voluntarios realistas: el arriendo del* Peso Real*… que sacado a pública subasta por los meses que faltan hasta concluir el presente año… podrá producir de ocho a diez mil reales, cargando cuatro más sobre cada arroba de los géneros del país y dieciséis sobre los ultramarinos*».

En síntesis, se trata de pagar: en primer lugar, las obras para establecer en el Convento de la Merced un «*…punto* de *seguridad donde poder reunir la Milicia Urbana, a los habitantes honrados y decididos por la justa causa de la Reina Nuestra Señora y donde poder preservarse los caudales y efectos de la Real Hacienda y demás Rentas…*». Y en segundo lugar, las provisiones para subsistir.

El Subdelegado de Fomento de la provincia considera adecuado este planteamiento y lo eleva al Ministerio de Fomento General del Reino. Esta figura política era de muy reciente implantación. En efecto, un Real Decre-

[6] Oficio del Gobernador Militar y Político de la ciudad de Calatayud al Subdelegado de Fomento de la provincia de Zaragoza, 10 de Abril de 1834. AACGA.

to de 30 de Noviembre de 1833 regulaba el establecimiento y estructura de las Subdelegaciones de Fomento, con competencias de tipo económico. Pero a consecuencia de la guerra civil, estos primeros cometidos, quedaron en segundo plano. Dedicando, entonces, sus principales esfuerzos al orden público, policía o a coordinar tropas, suministros y comunicaciones entre todo el Reino y con el Gobierno.

La primera respuesta de Madrid es de 27 de Mayo de 1834 en ella se dice a Antonio Vega de Seoane, subdelegado de Fomento: «*…se me ha comunicado por otro Ministerio una Real Orden de fecha de 19 del actual, por la que S. M. la Reina Gobernadora no ha tenido a bien aprobar los arbitrios, mandando al mismo tiempo no se hagan obras de fortificación en los pueblos sin que lo ordenen los capitanes generales, los cuales cuidaran de calcular su gasto* y *se atienda oportunamente…*». Ante esta negativa y teniendo en cuenta que se cita el Capitán General como autoridad que debe «*…cuidar del cálculo de las obras…*», el Conde de Mirasol comprende que debe dirigirse antes a la máxima autoridad regional.

Su larga exposición al Capitán General tiene fecha 17 de junio. Comenzaba analizando la situación desde el 12 de Marzo, en la que además de las «*…repetidas órdenes de V.E. para fortificar el fuerte estaba en marcha una conspiración dentro de la ciudad en connivencia con la partida de Carnicer. Este contaba con fuerzas muy superiores, incluso el corregidor de Zaragoza, avisaba de la aproximación de los batallones facciosos…*» y «*…me incluía pliegos abiertos para el Gobierno que me enteraba de sus fundados temores y de las pocas fuerzas que podía ofrecer contra la invasión…*».

Continuaba indicando que «*…a la vista de la comprometida situación, expuso la misma al Ayuntamiento, con la entusiasta respuesta y demás detalles ya conocidos, pero que el Capitán General desconocía…*». Seguía, afirmando que la ciudad de Calatayud «*…no tiene bien aprovechado su territorio, les falta fábricas y carece de comercio, ha sufrido pérdidas en sus cosechas y los propietarios se han visto en la necesidad de hacer gastos para reponer las cercas y realizar los terrenos que las aguas habían destruido… y no sería posible cargarles con un nuevo reparto…*». Concluía, pidiendo el arriendo del Real Peso de la ciudad.

A pesar de los temores del Conde de Mirasol, Manuel Carnicer, antiguo capitán de las Guardias Walonas, no llegó nunca a introducirse en Calatayud. Por ser el jefe carlista del ejército del Centro, fue llamado al Norte, para «conferenciar» con el Rey carlista; pero descubierto en Miranda de Ebro, sería fusilado el seis de Abril de 1835. Sin embargo, Joaquín Quílez, también antiguo oficial de la Guardia Real, sí penetraría en Calatayud en ese mismo año, como luego se comentará.

El veintiocho de junio de 1834 el Capitán General envía al Secretario de Estado y del despacho de Fomento la petición de arriendo, con una exposición del Ayuntamiento de Calatayud. Por fin, el once de Marzo de 1835 –ocho meses más tarde– el Ministro de la Guerra contesta al Capitán General para comunicarle que, por gracia especial, se ha resuelto que se abonen al Ayuntamiento de Calatayud «…*los caudales que haya invertido en las obras, por cuenta justificada en las oficinas de la Hacienda Militar de ese distrito… y que se satisfagan de los fondos del año anterior, no los del corriente…*».

El acondicionamiento del Fuerte no incluía defensas exteriores. En su interior tampoco había posibilidades para que los frailes pudieran compartir sus prácticas religiosas con la guarnición, por lo que los mercedarios fueron trasladados al edificio de la casa de la Comunidad. El Capitán General comunicaría al Ministerio, con su propuesta favorable, la instancia del Comendador de los Mercedarios Calzados de Calatayud con la finalidad de que: «…*S.M. se digne mandar se comuniquen las órdenes oportunas para que la comunidad no sea inquietada en la posesión del nuevo edificio…*».

La primera entrada de los carlistas en Calatayud y sus consecuencias

Pronto las medidas de defensa, tomadas en Calatayud, iban a ser puestas a prueba. En efecto, el veinticinco de Octubre de 1835 Quílez con mil infantes y cien hombres a caballo, según unos, o mil quinientos hombres, según otros, irrumpe en la ciudad. Los nacionales de Calatayud y sus cercanías (unos quinientos) se refugian en el Fuerte[7], junto a la guarnición. Los carlistas no consiguen asaltarlo ni disponen de mucho tiempo, por ello solicitan provisiones y dinero, saquean las propiedades de los liberales, secuestran a algunas personas para pedir rescate y luego huyen, ante la llegada de refuerzos; llevándose consigo voluntarios y algunos clérigos y frailes que han decidido unirse a las partidas carlistas. Quílez permanece sólo un día en la ciudad[8], procedía de Cariñena donde había entrado el 23 de Octubre.

Tras la invasión carlista y pocos días más tarde –el 3 de Noviembre de 1835– el nuevo Gobernador militar de Calatayud, el Coronel Antonio Bray, solicita del Capitán General el envío de un oficial de Ingenieros para el «… *detalle de las obras*…». Se trata de realizar una nueva fortificación del

[7] LAFOZ RABAZA, Herminio: «Milicia y revolución burguesa, Calatayud 1833-1839», en *Actas II del III Encuentro de Estudios Bilbilitanos*.

[8] RUJULA, P.: *Ibídem.*

Fuerte de la Merced, pero también se precisaba, que ese oficial reconociese el convento de los Padres Capuchinos de Ateca y otro convento en Ariza, que debían servir de fuertes. Respecto al de Ateca, próximo a la carretera, el oficial de ingenieros lo considera útil para servir de lugar de refugio para autoridades municipales, los 166 nacionales y otras familias liberales, que ante la llegada de Quilez se habían alojado en el bilbilitano Fuerte de la Merced. Sin embargo del de Ariza, sólo se informa que el convento elegido había sido abandonado por carecer de víveres.

Además, el Gobernador de Calatayud cree indispensable que llegue a la ciudad un sargento de Artillería con un pequeño destacamento del Arma, para que puedan instruirse los nacionales que deban servir en la pieza de a cuatro y las dos piezas que han de venir.

El siete de Noviembre el Capitán General traslada esa solicitud a la Subinspección del Cuerpo de Ingenieros de Aragón para informe. Cinco días más tarde el Ingeniero Comandante comunica que no tiene documentos ni datos de las obras de Calatayud (se refiere a obras con inspección del Cuerpo). Pero que si el Capitán General lo juzga necesario nombrará a un Oficial para practicar los reconocimientos oportunos.

El designado es el Coronel Rafael del Barrio, por la poca disponibilidad de oficiales de Ingenieros para atender a tantas plazas. En principio, el diecisiete de Noviembre, se le dice al Coronel del Barrio que solo realice su comisión en el fuerte de Calatayud y regrese inmediatamente a Zaragoza. Finalmente, el veintisiete del mismo mes, la Subinspección de Ingenieros informa al Capitán General que el mencionado Coronel ha detallado las obras en los edificios que deben servir de fuertes en Calatayud, Ateca y Ariza, «*…quedando enterados los maestros de obras que deben dirigirlas, a quienes ha dado las oportunas instrucciones…*». Respecto a los gastos, el Gobernador Militar acuerda con los Ayuntamientos que éstos lleven «*…cuenta extracto de todo lo que necesita y de los impuestos necesarios…*», para sufragar las obras.

El treinta de Noviembre de 1835 el Capitán General dirige un escrito al Comandante de Artillería de Aragón. En el mismo, después de decirle que el Coronel de Ingenieros detalló las obras para su defensa, encarga que, además, se construya «*…un saliente en el ángulo del edificio contiguo paralelo al cam*ino…»; porque el Capitán General «*…conceptúa necesario la colocación de una pieza de a cuatro montada en cureña de marina para enfilar dos trozos de la carretera y poder hacer fuego contra el enemigo que se refugiase en los edificios que hay al otro lado del río…*». Asimismo, pedía se buscase lugar para las dos piezas de cinco y medio, llegadas a Zaragoza desde Monzón. A pesar de todo, el volumen de obras no será excesivo

y los trabajos del baluarte, como los demás, serán concluidos con rapidez en Calatayud. En el caso de Ariza y Ateca, las obras ya comenzadas, son además de poco coste.

Los temores del mando liberal no eran infundados, el veintiuno de diciembre Cabrera daba cuenta al Ministerio de la Guerra de Don Carlos de su primer gran triunfo en Terrer (a 7 Kms de Calatayud), tras su nombramiento como Comandante General Interino. En la carretera general de Zaragoza a Madrid sorprendió a una columna liberal, haciendo, según su informe, novecientos prisioneros. Conocer esta derrota debió causar gran impresión en Calatayud, pero afortunadamente para los defensores del Fuerte de la Merced, Cabrera, después del triunfo, se dirigió desde Terrer hacia Cuenca.

Durante el año 1836, lo más destacado es que en marzo se mejorará la fortificación, con la demolición de una parte del Convento de Santa Clara, situado a proximidad de La Merced, en la actual plaza del Fuerte. Pero la sensación de inseguridad se sigue manifestando, por ello nuevamente, el cinco de Octubre de 1836, se solicita el pase de un ingeniero militar para reconocer el fuerte, revisar las obras y se requieren otras mejoras. El diecisiete de Noviembre el General 2.º Cabo Luís María Cistué, Barón de la Menglana, oficia al Gobernador de Calatayud, en relación con las obras para aumentar la defensa del fuerte. Tras el reconocimiento de otro oficial, el Teniente Coronel de Ingenieros Ramón Mateo, los trabajos se concretan en las siguientes:

1. Desmontar los edificios situados delante de la fachada Norte y despejar todo aquel frente de modo que entre el Fuerte y la Plaza de Toros no quede ningún obstáculo, así el enemigo tendrá que presentarse al descubierto al aproximarse.
2. Continuar el foso por todo el Fuerte para defender bien las contraescarpas.
3. Construir en el ángulo contiguo a la entrada un balcón exterior, procurando que queden bien flanqueados los frentes colaterales y cubierto el puente levadizo y entrada principal.
4. Aprovechar los descubiertos interiores para trasladar a ellos las oficinas que se destruyen en el exterior.
5. Desmontar el tejado de la plaza de toros en el frente que mira al puente y en la extensión que sea conveniente.

Asimismo el General 2.º Cabo comunica que los gastos de las obras deben ser cubiertos con los fondos del Ayuntamiento de la ciudad, como previene la Real Orden Circular de once de Marzo de 1835.

El veintidós de noviembre del mismo año, se registra una petición de galletas, al Capitán General, para la guarnición por si fuese asediada. Mien-

tras para el resto de comestibles se acuerda con el Ayuntamiento el medio mejor o más expeditivo para el abastecimiento, en caso necesario.

Al mismo tiempo la designación de los pabellones y alojamientos del Fuerte, el treinta de Noviembre de 1836, parece indicar que ya está más organizada la defensa. Sin embargo, debía haber problemas por la escasez de alojamientos, como expresa la instancia de Ramón Duran al General 2.º Cabo, en la que manifiesta que «… *fue cesado...*» y pide «…*no se toque la habitación que he usado y usa mi familia donde tengo mis muebles e intereses y aún un criado*…».

Nuevas invasiones

La situación de peligro se transforma en algo real. Las informaciones sobre los carlistas son que en cualquier momento pueden entrar en las poblaciones, A partir de 1837 sobrevendrán los mayores reveses en Calatayud. En el verano, el diez de julio, se produce la segunda invasión de la ciudad. La partida de Pascual Aznar, «el cojo de Cariñena», se introduce en Calatayud, pero debe abandonar la misma noche por la proximidad de la llamada Brigada de Operaciones de la Ribera, no sin antes llevarse a dos eclesiásticos Miguel Azpeitia, prior de Santa María y Joaquín Calabia, chantre, y a José Langa Aznar, como rehenes para el cobro de veinte mil reales que se le habían ofrecido por no cometer tropelías ni exacciones al vecindario. El Ayuntamiento designa a Mosén José Gallego para llevar el dinero al pueblo de Mara, donde se hallaban los carlistas, y regresar con los rehenes.

Nuevamente el tres de Enero de 1838, sobre las 11,30 horas de la mañana, el General carlista Basilio Antonio García ocupa la ciudad sin resistencia, venía de Almazán población que había ocupado el 1 de enero y entra por la puerta de Terrer. Fue la última incursión de este Jefe carlista que había salido del Norte en diciembre de 1837; llevaba consigo cuatro batallones y dos escuadrones de Caballería. Su primer objetivo, en Aragón, fue Calatayud y desde aquí, marchó por Ateca a Guadalajara, siempre avanzando por rutas poco frecuentadas.

La guarnición, los comprometidos y las familias liberales, se refugian en el Fuerte. Basilio se retiró al anochecer, llevándose rehenes, ante la proximidad de la columna del Coronel Abecia. Durante su estancia exigieron exacciones: 15.000 duros y 6.000 pares de alpargatas, aunque sólo se le dieron 400 pares.

Otra vez, tras el fallido intento de conquistar Calanda, las fuerzas carlistas se diseminaron y una parte vino a Calatayud y Campo de Cariñena

perseguidos por el general Santos San Miguel. Por ello, no es de extrañar que el veintisiete de Abril de 1838 se produzca la cuarta invasión, esta vez protagonizada por tropas del general carlista Cabañero, quien con una fuerte columna de 2500 hombres y 500 caballos llegó a las nueve de la noche. Se exigió a los vecinos 2000 duros, 1000 cahices de trigo, 2000 cahices de cebada y 4000 cabezas de ganado, pero al día siguiente, ante la proximidad de las tropas del General San Miguel y de Abecía, se retiran llevando algunos jóvenes y causando daños.

Aún faltaba el último acto. El 16 de Noviembre de 1838 Cabrera invadió Calatayud; resguardado en las altas paredes del convento de las Descalzas colocó un morterete y dirigió cierto número de granadas contra el fuerte. El caudillo tortosino, al frente de ocho batallones y cinco escuadrones, se apoderó de Calatayud, que abandonó a los tres días con riquísimo botín[9]. Pirala[10] lo relata de la siguiente forma: «…*el 5 de Noviembre Cabrera se dirigió a Onda (Castellón) y revolviendo en su inquieta mente algún hecho notable, fue el día 12 a Calanda, amenazando batir la División Ayerbe y apoderarse de un convoy que bajaba a Caspe desde Zaragoza; pero su principal objeto era caer sobre Calatayud como lo verificó en la tarde del día 16. Circunvaló el fuerte, le arrojó el 17, algunas granadas que no causaron grave daño. Propuso la capitulación a sus defensores, que no la aceptaron. Permaneció en la ciudad hasta el mediodía del día 18…*».

Durante este corto período de tiempo, Cabrera realizó grandes requisas con diversas partidas enviadas a lugares de la comarca, aunque no se extrajo menos botín de Calatayud. Reunidas todas sus fuerzas, marcharon con él hacia Miedes y Mara. El día 19 ya estaba en Calamocha y el 23 estaba camino de Cantavieja. El Fuerte de la Merced no fue incendiado, sólo sufrió un ataque de morteros, pero Cabrera durante su retirada se vengó al fusilar a dos milicianos de Calatayud.

El año 1839

En el penúltimo año de la primera guerra carlista, tras la impune acción de Cabrera, los temores de otra invasión se mantienen, como no podía ser de otra forma. El 21 de febrero de 1839, Juan José Llamas, Intendente de la provincia de Zaragoza oficia al General 2.º Cabo, comunicándole que «…*se*

---

[9] LAFOZ, H.: *Ibídem.*

[10] PIRALA, Antonio: «H.ª de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista». Tomo V. Turner Historia 16, Madrid. 1984, pp. 121 y 605

procede a demolición del espolón o sea una pequeña parte del convento de San Francisco y corte de todos los árboles de la partida llamada la Redonda a fin de evitar todo obstáculo en la dirección de los fuegos del fuerte a la carretera de Zaragoza…».

Además, el 22 de Abril, se propone la demolición del convento de monjas descalzas por lo que perjudica a la defensa del Fuerte[11] y se pide un Oficial de Ingenieros para que informe sobre la demolición y el proyecto fortificación. El mismo día, Antonio Gómez, nuevo Gobernador de Calatayud, informa al Brigadier 2.º Cabo de Aragón, de que en la facción hay más de 1000 hombres de Calatayud, los cuales pueden realizar acciones por sorpresa en varios puntos fortificados, recordando que la más reciente era el ataque al convento de la Trinidad de Daroca donde estaba el Hospital Militar.

Se le contesta el 28 de Abril, en el sentido que tan pronto haya Oficial de Ingenieros disponible, se enviará. En ese momento el Coronel de Ingenieros Ramón Mateo sólo dispone de dos oficiales que están en comisión, uno en Sos y otro en Aínsa. Nuevamente el 3 de Mayo de 1839, el Gobernador Militar de Calatayud oficia al Brigadier 2.º Cabo, informando que hay demora porque no hay Oficial de Ingenieros que pase a reconocer el edificio (convento de las Descalzas) e informe si conviene o no demolerlo. Además dice: «*…esperaría tranquilo que se practicaran estas diligencias si tuviera la seguridad de las facciones no invadieran esta ciudad; pero como esto puede suceder de un momento a otro, no sé cual será el resultado si el enemigo se apodera de aquel punto y para descubrirlo mandaré rebajar la pared del huerto que tiene siete varas de alto para evitar lo que sucedió cuando Cabrera invadió este pueblo, el 16 de Noviembre de 1838, no dudando que V.S. aprobará esta mediada indispensable y dispondrá que cuanto antes sea posible se practique el reconocimiento…*».

Por fin, el 29 de Mayo, se decide enviar al Comandante Graduado, Capitán de Ingenieros D. Antonio Faci. Sin embargo, un día antes se recibe una comunicación del Coronel Jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro dirigida al Brigadier 2.º Cabo de Aragón, en el siguiente tenor: «*…El General Jefe Interino de este Ejército se ha servido nombrar al Teniente Coronel Manuel Ubiña para que pase a la ciudad de Calatayud con objeto de reconocer, trazar y dar las correspondientes reglas para la fortificación de su recinto. En consecuencia suspenda pase del otro Oficial…*». Finalmente, el

[11] El convento deshabitado de las monjas descalzas: «…situado a la derecha…con una iglesia y un huerto con cerca bastante alta de piedra que dista 241 pies de la puerta del Fuerte La Merced, donde pueden ocultarse y ser obstáculo para fuegos…».

31 de Mayo de 1839, el Coronel Jefe Interino de Estado Mayor del General del Ejército del Centro ordena al Comandante Director de Ingenieros, que el Comandante graduado, Capitán D. Antonio Faci, suspenda su marcha a Calatayud.

Durante el verano de 1839 hay protestas de algunos pueblos respecto al número de peones que deben proporcionar para las obras de fortificación de Calatayud, y también en relación a si pertenecen o no al partido judicial. El problema es que Ricla debe enviar tres peones diarios o quince reales de vellón (en junio y julio ha satisfecho 845 reales), pero desde el 11 de junio había una orden de que cada pueblo debe proporcionar recursos al partido judicial que pertenezca y Ricla depende ahora de La Almunia. (El Comandante de Armas de La Almunia le exige, igualmente que Calatayud, peones, bagajes y bestias para sus obras).

El Gobernador Militar de Calatayud y su partido, oficia al General 2.º Cabo (14 de Agosto de 1839), y para defenderse de las críticas de Ricla, afirma: «…se *dispuso la completa fortificación de la ciudad. El Teniente Coronel graduado y Capitán de Ingenieros Manuel Ubiña realizó el croquis de ella. Estaba facultado para pedir, mediante reparto, los peones a los pueblos. Se comunicó a la Diputación Provincial (que aprobó), se atendió a ser época de recolección de cosechas. Ricla y los demás pueblos, han remitido los tres peones que se designaron a su importe de 5 reales por peón, que percibió el Ayuntamiento de Calatayud encargado de la construcción de las obras*…»[12].

Asimismo, el Gobernador bilbilitano señala que se había puesto en comunicación con el Gobernador de Daroca y los Comandantes Armas de Ateca y La Almunia que tienen dos pueblos de este antiguo corregimiento, Ricla y Chodes (cuando se hizo la segregación de pueblos), y que ahora no pertenecen al partido de Calatayud.

Otras críticas llegaron, no de modo oficial, sino en forma de anónimo. Como la que se envió al Brigadier 2.º Cabo, que era también Jefe de la Junta de Armamento y Fortificación, firmada por un «nacional de Calatayud». Se acusa al Ayuntamiento, de: «*…que sus individuos están metidos en arriendos, de haberse mandado demoler un trozo del convento de Santa Clara sin otro objeto que hermosear la población, hay revellin que se ha hecho tres veces… poner puertas, quitarlas, tabicarlas y dejar un postigo, volverlas a abrir y tapiar…*».

Pero la guerra en el Norte ha acabado con el Abrazo de Vergara, sólo queda el reducto carlista de Cabrera. El 4 de Octubre de 1839 llega Espar-

[12] De Ubiña existe el croquis que realizó para las futuras fortificaciones, no conclusas, de Calatayud (1839). Depositado en el Centro Geográfico del Ejército, ha sido publicado por el Centro de Estudios Bilbilitanos.

tero a Zaragoza con 44.000 infantes, 3.000 caballos y abundante Artillería. Ante esta superioridad de medios, poco podía hacer Cabrera y el final del Ejército carlista del Centro está cerca.

El 23 de Octubre es la fecha del oficio por el que se suspenden las obras de fortificación de la ciudad. La orden viene directamente del «General en Jefe de los reunidos», es decir de Espartero. El Ayuntamiento, sin embargo, al margen de darse por enterado, solicita que aunque se suspendan las obras de las murallas y fortines proyectados, se permita el levantamiento «a piedra y barro» de las paredes de entre Santo Domingo y San Francisco, a fin de evitar un golpe de mano del enemigo. El 25 de octubre se recibe la comunicación por la que se aprueba la realización de esas tapias para cerrar esos puntos. Cabrera está cercado, no es posible que los carlistas puedan lanzar ataques a poblaciones tan alejadas como Calatayud y por lo tanto no son necesarias más fortificaciones. La guerra está a punto de acabar.

Preparativos para la Segunda Guerra Carlista

Ocho años más tarde de concluir la Primera Guerra nos encontramos con nuevos intentos carlistas de insurrección. El llamado Coronel Aznar, el «cojo de Cariñena» se había levantado en mayo de 1848 en las proximidades de Fuentes de Ebro y por la misma zona apareció otra partida mandada por Romana. El dos de junio, una tercera partida comandada por el titulado Comandante Herrero, más conocido por «el organista de Teruel», había aparecido por Alhama, siendo batido en La Almunia y en Mosqueruela. A estas siguieron algunas partidas levantadas por Marco de Bello o por otros cabecillas en Munébrega y Bubierca. La mayoría se disolvieron o pidieron el indulto, como la citada en primer lugar, la de Pascual Aznar, que acosada por los liberales, se acogió al indulto el dos de agosto de 1848 en Calatayud. En resumen, existieron muchas acciones en esta zona aragonesa, pero de escasa entidad y que al final fracasaron.

Como es conocido, el foco más importante de la Segunda Guerra Carlista estuvo en Cataluña, donde Cabrera había sido nombrado Comandante General. El caudillo tortosino, con el objetivo de avivar la insurrección en Aragón, designó a Gamundi como Jefe carlista en todo el territorio aragonés. Gamundi pasó el Ebro, internándose en la provincia turolense y en Calamocha logró entrar, desarmando a unos 50 guardias civiles. Pero perseguido, tuvo que internarse en la provincia de Guadalajara, para más tarde regresar a Cataluña y emigrar definitivamente a Francia a la finalización de la guerra civil.

En Calatayud y como preparativos ante las posibles acciones carlistas, el diez de julio de 1848 hay una propuesta, que el Capitán General aprueba y pone en conocimiento del Ministro de la Guerra, para que se realicen las obras pedidas para La Merced por el Comandante Militar de Calatayud. Consisten en reparar el puente levadizo, limpiar el foso del frente principal y reparar la contraescarpa. En total 3.800 reales. El objetivo era que «… *pudiera aislarse la guarnición dentro del edificio en mejores condiciones, haciendo más difícil su toma*…». Cuatro días más tarde, el Capitán General remite otras propuestas de obras, pero son rechazadas porque el Ministro considera que «…*por ahora no es posible su ejecución*…». No obstante, esas reparaciones eran necesarias puesto que desde el final de la Primera Guerra Carlista, en 1839, no se había realizado obras de mantenimiento; incluso el 9 de noviembre de 1848, hay otra petición para poner en estado de defensa la Batería del Este de La Merced, por 5.300 reales.

En ese momento, la ciudad bilbilitana contaba con el pequeño Cuartel de Caballería, propiedad del Ayuntamiento, sin embargo no había ningún establecimiento disponible para la Infantería, por lo cual era obligado aprestar el convento de La Merced para alojar una guarnición de cierta entidad, ya que el Ejército no tenía cuartel propio. Finalmente, los malos presagios, respecto a la expansión de la rebelión carlista, se fueron disipando. Sólo se mantuvo en Cataluña, hasta 1849, la denominada Guerra de los Matiners.

El Convento de la Merced es cedido al ramo de Guerra

Durante la década de los años cuarenta del siglo XIX el convento de la Merced seguía recibiendo tropas que se mantenían por algún tiempo, pero no existía guarnición permanente. No obstante el mando militar había puesto sus ojos en este edificio, instalación que creía necesaria para sus fines. Por ello no es extraño que con fecha ocho de octubre de 1849, el Ministro de Hacienda Juan Bravo Murillo, futuro Presidente del Consejo de Ministros, oficiara al ministro de la Guerra, comunicándole que se cedía al Ramo de Guerra el convento de la Merced. Se admitía como necesario para acuartelar la tropa de la guarnición, aunque se exceptuaba la iglesia del convento[13].

La petición había surgido del Capitán General de Aragón, quien el 12 de agosto de 1848, hacía un análisis de la situación de Calatayud. Según esta Autoridad «…*no existía ninguna propiedad militar en la ciudad y el ex convento de la Merced pertenecía a la Hacienda civil hasta que en 1842 fue*

[13] La Real Orden de cesión tendrá fecha de 26 de octubre de 1849.

cedido al Ayuntamiento…». El Capitán General añadía que si en ese momento servía de alojamiento militar, era por lo dispuesto por sus antecesores y, fundamentaba su petición en que en la última guerra civil (primera guerra carlista) y en la de 1820 a 1823, había servido como Fuerte. Asimismo destacaba la excelente situación de la Merced, junto a la carretera a Madrid.

Pero lo que pudo forzar a elevar esa petición, por parte del Capitán General, fueron, a mi juicio, varias las causas presentes en ese momento. El primero, el comienzo de la segunda guerra carlista, en la primavera de 1848, que demandaba disponer de un acuartelamiento fijo para la guarnición y, al mismo tiempo, reparar las antiguas obras de defensa de la Merced. El segundo, la reclamación, desde luego lógica, del Ayuntamiento de Calatayud al Comandante Militar, de alguno de los locales del Fuerte «*…para usos ajenos al servicio militar…*». A esta reclamación, informaba el Comandante Militar, se había tenido que acceder, puesto que realmente pertenecía el edificio al Ayuntamiento. Por último, era necesario que las obras las sufragara un solo organismo (Ministerio de la Guerra, Amortización o Ayuntamiento), aunque el Municipio parece que no era capaz de sostener económicamente todo el conjunto de la Merced.

Después de transformarse en un cuartel más del Ministerio de la Guerra, hay un informe de la Dirección General de Ingenieros, que incluye un reconocimiento bastante significativo respecto a los alrededores del cuartel. De este informe interesa señalar que con fecha 11 de julio de 1850, se dice que se ha deslindado con precisión el terreno que ocupaba la antigua iglesia del convento y se pide se adjudique al Ministerio de la Guerra, para evitar se pueda construir en el futuro. El resto de las zonas próximas, casa de baños y terrenos cultivados o no, también son objeto de la petición, pero para ser cedidos o permanecer en poder del ramo de Guerra o de la Hacienda Civil, por ser, se justifica, terreno propiedad del convento.

El Ministerio de la Guerra elevó esta petición al Ministerio de Hacienda, el 31 de agosto de 1850. La respuesta se demoró bastante tiempo, al implicar la propiedad de dichos terrenos a algunos organismos y personas particulares, y por la evidente necesidad de realizar consultas e informes diversos. Por fin la contestación del Ministro Juan Bravo Murillo, llega en 1852 y no podía ser más decepcionante para el peticionario: «*…registrados escrupulosamente los documentos del citado convento en el archivo de la Administración de Contribuciones Directas, Estadística y Fincas del Estado de Zaragoza, no se ha encontrado entre ellos ninguno en que pueda apoyarse la reclamación de los terrenos de que se trata; que una porción de ellos constituye desde el año 1811 la mejor plaza que tiene la población construida por el Ayuntamiento en la parte de la iglesia que se voló para la ren-*

dición de la guarnición francesa, después de extraer a su costa los escombros y rellenar los fosos; que la casa de baños fue edificada por la Junta Municipal de Beneficencia en terreno comprado al efecto; que el pedazo que está destinado a huerto es propio de la marquesa de Vilueña y se halla en los mismos términos que en la época en que existía la comunidad…».

Una intentona carlista en 1855

A pesar del descalabro que la rebelión carlista de 1848 cosechó en Aragón, no dejaron de menudear las intentonas. La más relevante para nosotros, en relación con el Fuerte de La Merced, tuvo lugar en 1855 y, como no, tenía previsto la ocupación de esta instalación militar.

En efecto, el Capitán Corrales inicia en Zaragoza, el 23 de mayo de 1855, una insurrección tomando el cuartel en que se aloja el escuadrón de Cazadores de Bailén n.º 6, así como las secciones de los Cazadores de Aragón n.º 8 y el de Cataluña n.º 14. La tropa junto con una serie de voluntarios, salió de la ciudad en dirección a La Muela y Calatayud, para unirse con otras fuerzas carlistas. Sin embargo, un enfrentamiento en La Almunia con fuerzas isabelinas y milicianos, le obligó a desviarse por Alfamén hacia Aguarón, no pudiendo, por tanto, entrar en Calatayud. Corrales y su grupo sufrieron otras escaramuzas, marchando hacia la provincia de Teruel, donde no pudo mantenerse por lo que decidió atravesar el Ebro para buscar ayuda en Cataluña.

Marco de Bello, conocido cabecilla carlista, levantó el mismo 23 de mayo, una partida en Acered, con gente amiga del Campo de de Bello y de la ribera del Jiloca. Marco conocía, seguramente, los planes de Corrales y parece que la reunión de todas las partidas se iba a realizar en Calatayud, donde se daría el grito a favor de Carlos VI. No hubo mucha discreción por parte de los bilbilitanos confabulados y ello permitió que la guarnición estuviera alerta.

El plan consistía en apoderarse de nuestro cuartel de La Merced, en la noche del 22 de mayo. Sin embargo, el intento de asalto fue considerado como fallido antes de realizarse, de modo que una veintena de carlistas huyeron de la ciudad en la misma noche. En la medianoche se presentaron refuerzos de Milicia Nacional procedentes de El Frasno, que ayudaron a fortalecer la guarnición. A la mañana siguiente otro grupo de comprometidos, creyendo ya inviable su permanencia en la localidad, se lanzó al campo, saltando las tapias. Agrupados todos, entraron en Terrer, donde esperaron la llegada de otras partidas, una levantada en armas en Castejón de Alarba por un tal Roger y otra que se había formado en Moros dirigida por el clérigo

Benito Marquina. En la mañana del 23 salieron todos juntos hacia Cervera de la Cañada y luego a Villarroya de la Sierra.

Por su parte Marco consigue llegar a Terrer, pero, el 23 por la noche, sus perseguidores pernoctan en Calatayud. Esta circunstancia le impide reunirse con las otras partidas, decide volver sobre sus pasos, va a dormir a Munébrega y luego se interna en la provincia de Guadalajara. Cuando decide volver a Aragón, su partida es dispersada en Abanto por los liberales; Marco consigue escapar de sus perseguidores, atraviesa escondido toda Castilla y se refugia finalmente en Portugal. Sin embargo, sus partidarios presos, serían juzgados en Calatayud.

Hubo otros levantamientos, como los de la zona de Caspe, el 26 de mayo, o en Belchite, pero aunque algunas partidas se reunieron con otras, nunca consiguieron constituirse en un núcleo suficiente para enfrentarse a las tropas isabelinas. Estas últimas, en realidad, fueron numerosas y el Gobierno envió a sus mejores Generales para sofocar la revuelta montemolinista, como ha sido conocida.

En ese año de 1855, en Calatayud hay un núcleo importante de tropas isabelinas, puesto que desde aquí se envían columnas en busca de partidas; unidades que están en alerta, como confirman los mensajes reservados recibidos[14]. Asimismo, el 30 de junio, la ciudad organiza un baile en el Casino Bilbilitano para homenajear a la oficialidad de las fuerzas militares que se hallan en la población. En 1858, hay nuevos rumores sobre un próximo alzamiento carlista y en septiembre el destacamento de tropa va a Zaragoza, por lo que el Ayuntamiento protesta, aunque no consigue nada porque la Autoridad militar recuerda que por Real Orden de 25 de julio, se adopta la reunión de las fuerzas militares en puntos dados, para acudir desde ellos a donde lo exijan las circunstancias.

La Tercera Guerra Carlista

En Aragón hubo intentos de insurrección carlista en 1872, pero con malos resultados. No obstante, a primeros de octubre de 1873 tuvo lugar el segundo alzamiento de Marco, que fue el definitivo para consolidar el movimiento en la región. Manuel Marco Rodrigo, conocido como Marco de Bello, por ser natural de esa localidad aragonesa ya había participado en la

[14] Es una orden reservada del General Gurrea, entonces Capitán General de Aragón, en la que se alerta sobre noticias de un posible intento carlista en el Maestrazgo y se aconseja ser escrupuloso en los servicios de guarnición.

primera y segunda guerra carlista, como se ha tratado. Fue él quien el 13 de 0ctubre logra entrar en Cantavieja, cuna del carlismo en el Maestrazgo, al frente de 2000 hombres; procediendo, en seguida, a organizar una administración, tanto civil como militar, de la zona que controlaba.

Marco, después de ocupar varias poblaciones, en noviembre se dirigió a Daroca, localidad que atacó y tomó tras encarnizada lucha. Sus defensores se refugiaron en los fuertes, pero eso no impidió que las tropas carlistas recogieran abundantes caballos y pertrechos y salieran tranquilamente de la Plaza con su botín.

De allí se dirigió a Ateca. En la madrugada del 27 de noviembre de 1873 llega a esta localidad con una columna de cuatro Batallones y unos 120 jinetes (otros dirán que sumaba más de tres mil hombres, aunque el 3.º y 4.º Batallón se componía de personal recién alistado). Tras una refriega los carlistas se retiran camino de Castejón de Armas, no sin antes haber cortado el telégrafo y el puente del Ferrocarril en Terrer[15]. Es decir Marco, estaba rodeando, por el sur, a Calatayud, la segunda ciudad de Aragón. Y, a buen seguro, que lo habría intentado sino es por la columna republicana de Navarro de Pardos con la que tuvo un serio revés en Checa. A pesar de que las fuerzas de Navarro eran inferiores en número, dispersaron a los carlistas y les obligaron a retirarse a Rubielos de Mora.

A partir de 1874, el ejército carlista del Maestrazgo empezó a tener una respetable fuerza: unos diez mil infantes y mil caballos, además de otras fuerzas auxiliares que harían ascender a unos catorce mil el total de hombres en armas. Era una cifra importante, ante la cual las pequeñas guarniciones poco podían hacer. Sin embargo estaba por debajo del ejército de Cabrera de la Primera Guerra, tanto en efectivos como, sobre todo, por la ausencia de un líder de la naturaleza del caudillo tortosino.

Un aspecto destacado debo considerar ahora, se refiere al efecto negativo que el telégrafo y el ferrocarril, tienen para los intereses carlistas. En la zona de acción del llamado Ejército carlista del Centro, dentro del cual se hallaba Calatayud, fueron dictados bandos severísimos contra quienes prestarán el menor servicio a las empresas ferroviarias. Lizarraga, Jefe carlista del Centro, estaba convencido de que el transporte ferroviario colocaba a los liberales en ventajosas condiciones para la lucha, por ello ordenó que se destruyeran las vías férreas. Marco recibirá la orden de Lizarraga, emitida desde Puente la Reina el 28 de mayo de 1874, en la que se especificaba

[15] El puente de Terrer de la línea Madrid-Zaragoza fue cortado, al mismo tiempo la estación de Ateca es cercada. Además los carlistas, en el túnel de Castejón, colocaron piedras en los raíles y cortaron cuatro postes de telégrafo. Todo lo cual provocó la interrupción del movimiento de dos trenes.

taxativamente. «*…inutilice la vía férrea Madrid-Zaragoza*, *destrozando la mayor parte de túneles y puentes…*»[16]. Desde luego el ferrocarril era un elemento estratégico de primer orden que permitía el transporte de hombres y material en distancia y cantidad, por su parte el telégrafo proporcionaba la lógica rapidez en la transmisión de órdenes e informaciones.

El Batallón de Reserva de Calatayud

En la primavera de 1874 el Batallón de Reserva de Calatayud n.º 65, estaba en alerta. Y lo estaba desde 1872, ante las partidas carlistas que merodeaban por la comarca, por ello los servicios que esta Unidad realiza son merecedores del «plus de campaña», en iguales condiciones que las guarniciones de Zaragoza, Teruel, Mequinenza y Alcañiz[17].

Conocemos también la relación de los Jefes y Oficiales del Batallón de guarnición en la ciudad, que en 1874 lleva el número 66, al mando del Teniente Coronel, graduado de Coronel, Pascual del Real Caballero. En aquel 26 de enero de 1874, constaba de tres Comandantes, nueve capitanes y veinticuatro oficiales subalternos, doce Tenientes y doce Alféreces[18].

Estas unidades de reserva fueron organizadas en España, a partir de 1867, tal vez por influjo de los primeros éxitos obtenidos por la Prusia de Bismarck. La ley de 26 de junio de 1867 estipulaba el tiempo de servicio militar: cuatro años en el ejército activo y en la primera reserva, y cuatro años más en la segunda o «sedentaria». Sin embargo, en 1870, la Ley de Reemplazos y Organización del Ejército de 29 de marzo, prescribió que los soldados debían permanecer seis años de servicio, cuatro en el ejército activo y dos en la primera reserva. La segunda reserva se nutría fundamentalmente de los soldados que, como consecuencia del sorteo, no debían ir al Ejército activo y estaban uno o dos años en esa situación, dependiendo del Jefe de la Reserva que le correspondiera en cada provincia.

---

[16] Cuando recibió la orden de Lizarraga, Marco se hallaba en marcha hacia Calatayud con dos Batallones y 100 caballos. Se opone a esa orden porque considera que no debe dedicarse más que a operaciones que sean de tipo militar y porque su cumplimiento repercutía negativamente en toda la población afectada. Sea por esta razón o porque era arriesgado para Marco alejarse demasiado de Cantavieja (su centro de operaciones), aunque fuera necesario para recaudar fondos, lo cierto que en esos meses de mayo y junio de 1874 Calatayud se vio libre de la amenaza carlista.

[17] La petición de abono del plus de campaña (pequeña cantidad de dinero por esos servicios extraordinarios), se envía por el Capitán General al Ministro de la Guerra, con fecha de 11 de octubre de 1873. La posterior aprobación por parte de esa Autoridad es del 21 de diciembre del mismo año. AGMS Sección 2.ª, Div. 10.ª, Leg. 221.

[18] AGMS. *Ibídem.*

Todas las leyes de reclutamiento, desde entonces, ordenaron el número de años que el soldado debía permanecer en la primera o segunda reserva. Incluso la Ley del Ejército de 1885 «se atrevió» a establecer la capacidad de movilización de España, cifrándola en el millón de hombres[19]; eso si, diferenciándola por mayor o menor grado de instrucción. No debe extrañar esta afirmación porque era una época en que la mayoría de los países europeos alardeaban de sus capacidades de movilización.

Recrudecimiento de la guerra

Después de varios intentos, como es conocido, los carlistas intensifican el conflicto, que en 1873 es general en bastantes zonas del país. Antes, el 5 de diciembre de 1872 el Coronel del Real manda una columna que desde Calatayud va en persecución del cabecilla carlista Madrazo[20]. Al que alcanza, bate y dispersa el seis de diciembre en la zona de la Sierra de los Lobos, en Abanto. Continúa en su persecución hasta el 11 del mismo mes en que vuelve a alcanzar a la facción, volviendo a derrotarla en los campos de Used y en Val de San Martín[21]. La columna regresará el 14 de diciembre a Calatayud.

En la ciudad bilbilitana hay conciencia del peligro y por eso el Ayuntamiento inicia obras de fortificación en la zona de los castillos, donde incluso se construye un puente levadizo para acceder a la misma. Como estas obras, comenzadas en julio de 1873, se desarrollan sin la supervisión del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, van a tener dificultades los munícipes para que se les reintegre su importe.

El 21 de agosto de 1873 el Batallón salió nuevamente a operaciones, esta vez en persecución del cabecilla carlista Villalaín. Se le alcanza y bate el 1 de septiembre en los campos de Morón, haciéndoles varios muertos, heridos y prisioneros. Los carlistas se dispersan y el Batallón regresa el 2 de septiembre a Calatayud[22].

Aunque propiamente y durante este año la ciudad de Calatayud se vio libre de acciones enemigas, en otras zonas del país, como en el Norte y

---

[19] Exactamente 1.083.595 hombres.

[20] Andrés Madrazo había hecho su primera proclama a favor de Carlos VII en Guadalajara, en la primavera de 1872. Mas tarde, en octubre de 1873, se presentaría a Marco con 110 hombres que fueron el núcleo del 3.º Batallón aragonés, cuyo mando le fue confiado.

[21] Por esta acción el Coronel será recompensado con la Cruz roja de 2.ª Clase del Mérito Militar según la R.O. de 9 de febrero siguiente. Hoja de servicios del Coronel Del Real. AGMS.

[22] Después de esta acción la partida de Villalaín siguió existiendo. Sólo perdió una parte de sus efectivos, puesto que el 5 de julio de 1874 ocupó Sigüenza y el 13 del mismo mes participa en la conquista carlista de Cuenca.

Maestrazgo, continuaban los combates. Para intensificar la Guerra en el Norte, a finales de febrero de 1874 el Ministerio de la Guerra había dispuesto poner sobre las armas diversos batallones de la reserva y entre ellos el de Castellón. Sin embargo el peligro carlista era grande en esa provincia, por ello el Ministerio cambia de planes y ordena el 22 de febrero de 1874, en telegrama oficial, que salga para Madrid el «cuadro completo» del Batallón de Reserva de Calatayud. Este batallón, añade, se organizaría con reservistas, en la capital de la nación.

La orden del Ministro al Capitán General de Aragón será trasladada al Jefe del Batallón de Calatayud, con rapidez. De tal modo que el 24 de febrero el Brigadier 2.º Cabo de Aragón está en condiciones de enviar el siguiente telegrama: «…*En el tren mixto de mañana que sale a las siete de ella va el cuadro del Batallón*». Pocos días después, el dos de marzo, el Batallón bilbilitano ya está organizado en Leganés, con personal reservista de otras zonas y se le ordena dirigirse a Logroño, a primera hora de la mañana, también por ferrocarril. En esta ciudad pasó a pertenecer al Ejército de Operaciones del Norte, saliendo a campaña el 18 de abril de 1874. Tras la guerra, el Batallón de Reserva de Calatayud se acuarteló en Santander, más tarde sería enviado a Galicia y recibiría la orden de regresar a la capital cántabra el 8 de Agosto de 1877. Unos días antes (Real Decreto de 27 de julio de 1877), se dispuso la creación del Regimiento de Andalucía n.º 55, sobre la base del de Reserva de Calatayud n.º 65 y del de Aranda de Duero n.º 70. Para perpetuar ese origen el Regimiento de Andalucía conservará en su escudo, un cuartel con el caballo ibérico, característico de la ciudad de Calatayud.

En este verano de 1874, se decreta una Reserva Extraordinaria (18 de julio), organizándose nuevas unidades de reservistas, una de ellos fijará su base en Calatayud. Se le asignará a este nuevo Batallón el n.º 3 de los de Aragón, constituyendo con los números 2 y 3 la Capitanía General de Aragón, la primera media Brigada de las de la Región (la segunda media Brigada estaba formada por los Batallones n.º 3 y 5, de Huesca y Jaca respectivamente). De nuevo el Ayuntamiento bilbilitano se ofrece para costear las obras necesarias en el Cuartel de la Merced, el importe es de 3800 reales. El Ministro lo aprueba pero le comunica que se reintegrará esa cantidad al Municipio «…*cuando el Estado del Tesoro lo permita*…»[23].

Durante el mes de julio los carlistas hacen acto de presencia en las proximidades de Calatayud, cortando once postes del telégrafo en la línea del

[23] Telegrama del Ministro de la Guerra al Capitán General de Aragón de 14 de septiembre de 1874. AACGA

mismo que va a Daroca. Como la actividad enemiga aumenta y el cuadro del Batallón de Reserva salió en febrero, el Ministerio de la Guerra, a propuesta del mando militar de Aragón, ordena el 17 de agosto de 1874, que se constituya una Comandancia Militar en Calatayud (al igual que en otras poblaciones) y que se proponga al Jefe que tenga por conveniente. El designado es el Coronel Félix de Santiago Azcona, nombrado el 4 de septiembre[24]. El nuevo Comandante Militar desarrollará una excelente labor, como luego se verá, con el apoyo de la Capitanía General de Aragón y de otro Batallón de Reserva para la defensa del territorio comarcal.

Efectivamente la amenaza carlista era más patente. A finales de diciembre de 1874 es nombrado Dorregaray Jefe del Ejército carlista del Centro; tomará posesión en enero y comenzará una reorganización del núcleo carlista de Aragón, Valencia y el Maestrazgo, que contaba ahora con cerca de doce mil combatientes. El cinco de enero de 1875, los carlistas atacan Daroca, eran tropas aragonesas mandadas por los cabecillas Gamundi y Gonzalez Boet. La guarnición, compuesta por una compañía de infantería y dos escuadrones de caballería, es sorprendida y se defiende en las calles de la villa, pero no puede evitar caer prisionera junto a su Jefe el Teniente Coronel Sancho. Los carlistas se retiraron ese mismo día, como de costumbre, tras recoger armas y caballos. La noticia de la derrota liberal en Daroca, dio una fuerte señal de alarma en Calatayud, aquí podría suceder lo mismo.

Pero en esta comarca bilibilitana existía otro peligro: la línea de ferrocarril Zaragoza-Madrid. En 1875, la drástica orden dada por el Jefe carlista del Centro, Lizarraga, respecto a la destrucción de la vía férrea, sigue vigente y, además, era necesario que la línea de ferrocarril estuviera a pleno rendimiento para llevar los refuerzos a los Teatros de Operaciones del Norte. Como consecuencia, el mando liberal ordena fortificar las estaciones de ferrocarril y a mediados de enero de 1875 ya están en curso esos trabajos que dirige el Coronel Navarro, de la Comandancia de Ingenieros.

Un Batallón, el de Reserva Provincial de Granada n.º 1, se encarga de proteger la línea hasta Ateca, con un total de dieciocho estaciones; cinco en la zona de responsabilidad de la Comandancia Militar de Calatayud, incluida la capital, ocho en la de La Almunia y cinco en la de Ateca. Los destacamentos son también responsables de su fortificación, sin embargo tropiezan con dificultades, por la falta de recursos de las poblaciones; por ello sólo podrán atender a una «fortificación posible de campaña», que además

[24] El Coronel De Santiago se mantendrá en el puesto de Comandante Militar de Calatayud hasta el 1.º julio de 1875, en que será destinado a Zaragoza. Diez años más tarde se le destinará nuevamente para el mando de la Zona de Calatayud n.º 79. Hoja de servicios del Coronel de Santiago. AGMS.

no han concluido. Sin embargo el Capitán General ordena a los comandantes de la fuerza destacada en las estaciones que activen las fortificaciones y redoblen la vigilancia.

El mayor problema era la estación de Calatayud, que no se había fortificado, porque era la mayor de todas y no había recursos. No obstante, existían más dificultades, el Coronel De Santiago, Comandante Militar, exponía la situación[25] a finales de febrero de 1875: «*…en la ciudad no hay defensa alguna, no sólo para proteger la estación sino también para librar a la población de un ataque enemigo o una sorpresa por la noche…, muy expuesta porque la mayoría de sus habitantes son de ideas carlistas …, el único punto fortificado es el castillo, que sirve como punto de refugio. El Fuerte (Cuartel de la Merced) no tiene más que unas cuantas aspilleras y podría fortificarse con poco coste, aunque siempre ha existido el problema de la falta de recursos…*». Por último, informaba del servicio que daba la guarnición: en el Castillo un Sargento con 20 individuos entre Cabos y soldados, en las avanzadas del mismo 3 Cabos y 16 Soldados, en el Cuartel de la Merced 1 Oficial y 16 individuos de Tropa y en la estación de ferrocarril 1 Oficial con 25 de Tropa. Todo el servicio se completaba con patrullas nocturnas que recorren la población, que pertenecían al igual que todos los demás, al Batallón de Reserva n.º 19. Hay también noticias de que el Batallón de Reserva de Teruel guarneció la línea de de Ferrocarril Madrid Zaragoza, a partir de finales de septiembre de 1874, en concreto reforzando las estaciones de Calatayud, Morata y Ateca.

Obras de fortificación

De resultas del informe, se comisiona, el seis de marzo de 1875, al Coronel de Ingenieros Rafael Pallete para reconocer todas las fortificaciones de la ciudad, incluido el Cuartel de la Merced, y proponer las obras necesarias. Tres días más tarde, en su informe, el Coronel Pallete encuentra el Castillo, la Plaza de Armas y avanzadas del mismo en buen estado de defensa. Sin embargo considera insuficientes: «*…los aspillerados que se han colocado para cerrar todas las salidas con los flanqueos naturales que forman los ángulos de su perímetro…*».

Respecto al Cuartel de la Merced propone construir tres reductos o casamatas. La primera en el «*…ángulo saliente que enfila la carretera de*

[25] Oficio del Coronel Comandante Militar de Calatayud al Capitán General, de fecha 22 de febrero de 1875. AACGA.

Madrid a Zaragoza y dos lados del cuartel…», la segunda en «*…el ángulo saliente opuesto que enfila a los otros dos lados del edificio y la cerca o tapia llamada de la huerta de las monjas de Santa Clara…*». El último reducto se organiza para contrarrestar dos grandes edificios, una posada y otro convento con sus tapias a lo largo y paralelas a las del recinto militar, pero al otro lado de la carretera y paseo de ronda. El Coronel Pallete entiende que estos edificios dominan completamente cualquier obra que se ejecute y que por sus dimensiones son difíciles de ocupar; por ello decide construir una casamata que directamente contrarreste «*..las fuerzas de dichos edificios y enfile los lados del perímetro…*».

La preocupación del Comandante Militar por el ganado se refleja en su interés por frenar el deterioro de los pesebres de las tres cuadras de caballos que existen en el cuartel de la Merced. En ese momento tienen una capacidad de 131 caballos, repartidas en tres recintos con espacio para 70,40 y 21 caballos respectivamente; por su parte el Alcalde de la ciudad propone alojar hasta 200 caballos en las posadas próximas.

Sin dilación, el Coronel De Santiago informa el once de marzo al Capitán General de haberse comenzado las obras en un reducto y en los pesebres de las cuadras. Estas últimas consisten en reparar el empedrado del piso, colocar madera y anillos y, por último, arreglar ventanas y cristales.

La actividad en este mes de marzo de 1875 es frenética. El Coronel Comandante Militar informa diariamente de los avances en las obras, en despachos telegráficos. El día trece de marzo, por ejemplo, se dice que no se ha trabajado en la fortificación exterior por la lluvia de ese día, pero que sin embargo se han arreglado las paredes y terminados los pesebres de la cuadra grande. En siguientes días se informa de que se ha comenzado a reparar los suelos, escaleras, grietas de las paredes… de los dormitorios para los soldados de caballería. Los despachos telegráficos que se envían a Zaragoza, siempre sobre las nueve de la noche, informan el 17 de marzo, que toda la caballería veterana (jinetes y caballos) se han acuartelado en esa fecha.

Pero continúan las necesidades, hay unos dormitorios ocupados por el Batallón de Reserva y el resto no están habitados por no estar en condiciones. Por eso cuando lleguen transeúntes –en este mes hay soldados que deben incorporarse a la Brigada Lasso en Teruel–, se les alojará «*…por Cuerpos y Barrios, teniendo todas las partidas sus oficiales y, por la noche, habrá un retén de un oficial y 25 individuos de Tropa en la plaza y guardia en sus barrios para vigilar…*».

Los tres pisos del cuartel de la Merced se embaldosan, se construyen ventanas y vidrieras (cristales), se repara el tejado y se echa el cielo raso (previo encañizado). No obstante, es en los reductos donde hay más traba-

jo; éstos se construyen con tres arcos de ladrillo con sus pilares y paredes de cierre. El piso del reducto es de madera, en alguno se ha tenido que entibar el terreno por su mala calidad y, en el cuerpo bajo del reducto, se hacen aspilleras. Incluso hay una suspensión de las obras en un reducto por salir agua de los cimientos –es el 28 de marzo de 1875–; se esperan tres días para poder reanudar los trabajos, porque dicen es agua utilizada para riego y para mover las fábricas de harina.

El 31 de marzo hay cambio de prioridades, el Capitán General ordena que sin que cesen las obras en el cuartel, se hagan las concernientes a la puerta próxima al Castillo (la de Zaragoza, próxima al Castillo del Reloj). En ella se perfora la pared para aspillerarla y también se entarima y se construye una escalera de madera. El mismo trabajo se ordena en la Puerta o Postigo de San Benito; mientras se manda aspillerar el torreón saliente de la iglesia del Sepulcro, pero no se llega a realizar por ser de propiedad particular y porque estaba ausente su dueño.

La falta de fondos obligará el 13 de abril a suspender las obras del interior del cuartel. Once días más tarde la Dirección Subinspección de Ingenieros comunica que sólo se atenderán las obras que falten y sean de poca importancia. Al parecer el Capitán General considera que el cuartel de la Merced está suficientemente fortificado y que ya están convenientemente alojadas las tres compañías de infantería y los 140 caballos que, después de las obras, caben en sus cuadras.

Controversia Capitanía General-Ayuntamiento

Un problema económico surgirá en el verano de 1875 entre el Ayuntamiento de Calatayud y la Capitanía General de Aragón. Se trataba del abono que debía hacerse a la primera institución por lo gastado en obras en el Castillo y Plaza de Armas desde julio de 1873 a junio de 1874, con un importe de 38.898,76 pesetas. Ante esta reclamación se consultan los archivos de la Comandancia de Ingenieros de Zaragoza, pero no aparece ningún dato relativo a esa cantidad ni se conoce la Autoridad que lo ordeno. Lo único que se halla fue una comunicación del conserje de edificios militares Federico Varela, del 24 de diciembre de 1873, en que éste manifestaba que había entregado al municipio «un puente levadizo con sus cadenas y once rastrillos», para que se colocasen en el Castillo, por cuenta del Ayuntamiento.

Respecto a las obras hechas desde marzo hasta junio de 1875, se entendía que al haber sido dispuestas por el Capitán General, se había hecho proyecto y presupuesto, que en este caso ascendía a 15.400 pesetas. Se trataba

de las obras de los tres reductos, en ese momento ya acabados, y cuyo valor quedaba reducido a 14.938 pesetas. Para el abono de esta cantidad al Ayuntamiento era necesario que los solares donde se asentaban esas casamatas pasasen a propiedad del ramo de guerra.

Como quiera que existió una nueva reclamación por parte de la ciudad, se realizó otra búsqueda en los archivos de la Comandancia de Ingenieros. Del resultado de la misma, se constató que, por disposición del Capitán General de 25 de julio de 1873, había ido a Calatayud un Oficial de Ingenieros para practicar un reconocimiento y «*…designar las obras que debían realizarse para poner a la ciudad al abrigo de un golpe de mano…*». Se admite, también, que este Oficial hizo un trazado práctico sobre el terreno y dio las instrucciones convenientes al Ayuntamiento, aunque, se insiste, el Cuerpo de Ingenieros no había tenido más conocimiento ni intervención en las obras que ejecutó el Ayuntamiento.

Finalmente esta petición de abono de importe de las obras sufragadas por la ciudad, se elevó en consulta al Ministro de la Guerra. Este contestó, en octubre de 1875, en sentido negativo para la tesis del Ayuntamiento, resaltando además que las 38.898,76 pesetas invertidas en obras en el Castillo y Plaza de Armas fueron llevadas a cabo sin contar con la Autoridad Militar del Distrito[26].

El final de la guerra en Aragón

La retirada de Dorregaray con 21 Batallones y 3 Regimientos de Caballería, cruzando el Ebro por Caspe, camino del Norte, marca el final de la amenaza del Ejército carlista del Centro, sobre Calatayud. A partir del tres de julio de 1875 sólo quedarían en manos carlistas la fortaleza del Collado y la Plaza de Cantavieja, además de algunas partidas sueltas. Esta retirada carlista, era en realidad una maniobra retrógada que más de un autor cree propiciada por la cantidad de dinero recibida por Dorregaray y algunos jefes carlistas del Centro. Contra esas dos posiciones iba la acción conjunta del General Jovellar, jefe de las tropas liberales del Centro y la del General Martínez Campos, al mando de las de Cataluña. La acción última se libró en El Collado, donde el fuerte fue bloqueado y sin esperanzas de refuerzo, capituló el 16 de julio de 1875.

En el Norte, el rey Alfonso XII se hallará, el 18 de febrero de 1876, nuevamente al frente del Ejército que combate en la zona vasco-navarra. Ahora

[26] Comunicación del Ministro de la Guerra al Capitán General de Aragón, de fecha 9 de octubre de 1875. AGMS Sección 3.ª Div. 3.º, Leg. 453.

la superioridad numérica de las tropas liberales es abrumadora, por lo que los carlistas no puden hacer otra cosa que resistir en sus posiciones, para finalmente retirarse, como lo hizo el rey carlista Carlos VII, que cruza la frontera el 28 de febrero de 1876, internándose en Francia.

Concluida la contienda, se ordena el desartillado para la siguiente primavera de 1877. En Calatayud existían dos cañones de 15 cms que habían llegado procedentes de Madrid y otros dos de 8 cms de rayado largo enviados por el Parque de Zaragoza. Eran piezas de artillería de bronce con sus cureñas, juegos de armas y municiones (incluían tanto granadas como tiros de pólvora de cañón).

Al igual que cuando se recibieron, el Ayuntamiento de Calatayud debía nombrar un representante para que hiciese la entrega en el Parque. Ateca había recibido también dos piezas de a ocho y cuatrocientos fusiles. A ambos Ayuntamientos se les hizo responsables de las deficiencias que pudiera haber en la recepción, pero se envió un Oficial de artillería para dirigir el desmonte de las piezas y otro Oficial de Administración Militar para satisfacer los gastos de transporte y verificar el mismo. El Teniente del 5.º Regimiento de Artillería José Esponera dirigió el destacamento que se hizo cargo de las cañones, repuestos y municiones, tanto de los de Calatayud como de los de Ateca[27].

El 5 de junio de 1877 parece que ya está el material de artillería de Calatayud en Zaragoza, pero hubo cierto retraso con el de Ateca, relacionado con el número de fusiles a entregar. Más tarde, a ese Ayuntamiento se le permitió que entregara la mitad de esas armas. Por último, de la vuelta a la normalidad es fiel reflejo la creación de un nuevo Batallón de Reserva en Calatayud. En efecto, en 1877 y por Real Decreto de 27 de julio, se organiza nuevamente el Batallón de Reserva n.º 65, sirviendo de base las dos compañías que del antiguo del mismo nombre figuraban en comisión de reserva en dicho punto.

[27] Oficio del General Subinspector de Artillería al Capitán General de Aragón, de 10 de mayo de 1876.